

Un director de tesis particular

Fragmento de la novela inédita: Las ocho horas de la mosca o la crónica sobre intelectuales idiotas (Capítulo IV)

Alexander Ortega Marín

Cronista, alexander.ortega.marin@gmail.com

—¡Me quiero sentar! —dijo Isaac. Virginia vio el gesto perturbado de Isaac e intentó seguirlo. De inmediato, cambió de opinión. Inventó una excusa para irse al otro extremo de la sala.

—Ya vuelvo —dijo sin esperar respuesta.

Isaac no la escuchó. Sus ojos estaban fijos sobre la mancha de vino rojo sobre el tapete. Tomó un sorbo de una copa abandonada, sintió el cristal helado en los labios, y mientras los alejaba, con los ojos concentrados en los matices del cristal, creyó escuchar el nombre de su director de tesis. Isaac balbuceó el nombre de su amiga, acomodándose los lentes y poniéndose a andar.

Virginia estaba engarzada escuchando un resumen de la interesantísima tesis en lingüística de Gaétan: “Estudio del pronombre relativo QUE en los manuales de instrucción bilingüe francés-créole para armar estufas eléctricas en los departamentos de ultramar francés: antes y después de la primera alarma sobre el calentamiento global”. Ella escuchaba con interés a Gaétan, pero evitaba mirar a los ojos a Isaac. Isaac intentaba escucharla para salir de sus pensamientos y estaba impaciente para intervenir y hablar sobre un libro que se había leído hace diez años, y cuyas tres o cuatro frases de memoria sobre el uso del relativo *QUE* podrían ayudarlo a entrar (¿controlar?) la conversación. De repente, creyó escuchar otra vez el nombre de su director de tesis: Sacha Mijabestieshis, El Miserable. Isaac miró la cara de las personas en la fiesta, buscando quién había dicho el nombre de aquel hombre. ¿O se lo había inventado en su cabeza? Fue cuando se le vino a la memoria, con claridad, aquella tarde de invierno durante su primera semana en París cuando lo conoció. El frío entraba en su cuerpo por el cuello, por los puños, por sus talones. Se vio a sí mismo atravesando los pasillos de la Sorbona y perderse en aquel edificio con olor a madera

vieja, sintiéndose un intruso frente la mirada severa de los bustos de mármol, de hombres blancos con miradas sin fondo que parecían acusarlo de algo. Abrió la puerta y allí estaba aquel hombre de estatura mediana, calvo, pálido, con su cara de estatua griega abandonada, sentado frente a un viejo computador apagado, encerrado por torres de tesis que parecían nunca haber sido leídas, ni tocadas, ni apreciadas. Ese hombre de bigote como un diablo, hablaba, sin mirarlo a los ojos, sobre la ineptitud de algunos secretarios de la Sorbona. Isaac, sobrecogido, descubría cuánto ese hombre se parecía físicamente a... Su director de tesis se mostró elocuente, enérgico y la disposición de sus libros, las etiquetas para clasificarlos, los papeles administrativos regados en su escritorio le daban la impresión a Isaac de que era un hombre para ¿admirar? Isaac se acordó de las preguntas:

—¿Por qué quiere hacer una tesis?

—Porque quiero ser profesor universitario en mi país.

—¿Quién va a financiar su tesis?

—Tengo una beca del gobierno suizo.

—¿Corrigió el anteproyecto?

—Sí, aquí está.

Por fuera de su cabeza, Isaac no escuchaba a Nuria que se había unido a la conversación. Veía su boca moverse como un mimo. Se percató de su extraña forma de reírse. Sí, había sido Nuria quien le dijo que a El Miserable poco le importaba capturar a estudiantes en una tesis que se prolongaba casi por diez años, quienes cambiaban, por lo menos, cuatro veces de temas de tesis, cada vez más complicados y de temáticas cada vez inútiles bajo los explosivos y nada frecuentes consejos del director. Él podía tener a todos los filósofos del Halicarnaso, pero lo único que le interesaba

a *monsieur le directeur* —o, por lo menos, era lo que se murmuraba entre las puertas cerradas de los secretarios de la Sorbona— era demostrarles a sus detestados colegas que él publicaba, que tenía muchos doctorantes y que, además, hacía coloquios internacionales con la élite de filósofos europeos y uno que otro profesor anónimo de Latinoamérica. Fue Nuria quien le dijo también que El Miserable desde hace diez años no publicaba nada, solo tenía un cúmulo de actividades sin sentido académico que lo hacían pelearse con el personal administrativo, los técnicos, e incluso, las personas de servicios varios o cualquier persona que él consideraba que estuviera por debajo de su rango de eminente profesor de filosofía. Su único libro publicado había sido un libro referenciado en universidades evangélicas de los Estados Unidos: “Antecedentes hipocondriacos y filosóficos sobre el complejo de inferioridad en el sujeto-significante y/o personas que vienen de la clase proletaria y se convierten en símbolo fálico por el trauma del rechazo : análisis psico-filosófico-tecnológico de las figuras de modelos referenciales del poder fálico en la Historia Universal: el padre, el cura, el juez y el maestro”. Por ese único libro se había convertido en referente.

Lo triste era que *monsieur le directeur* no leía la tesis de sus doctorantes. ¿Y por qué las iba a leer? Solo se detenía en aquello que iba a ver la administración de la universidad: la forma, la introducción, el tamaño de la letra. Otros de sus compañeros de tesis comentaban entre sí, desanimados, la famosa lectura transversal: abrir un capítulo de aquel mamotreto de páginas y leer algunas cuartillas, solo leer una o dos veces la introducción y la conclusión para así fingir el día de la defensa que se habían leído la tesis. Nuria había tratado de ponerlo en guardia; le dijo que cada comienzo de año doctoral, su miserable director de tesis se lanzaba a una cacería de estudiantes, engañándolos con la idea de publicaciones, coloquios internacionales y puestos universitarios, pero que, una vez firmada la inscripción, los estudiantes de este Malparideskus, así lo llamaba Nuria, quedaban abandonados a su suerte. Isaac recordó cómo Nuria le dijo que a los profesores de la Sorbona, además de su sueldo, se les pagaba por cada estudiante por año, una comisión de casi mil euros. Había profesores brillantes en la Sorbona, pero Isaac había caído con un mercader de tesis, porque una vez el estudiante quedaba matriculado, este quedaba en una especie de limbo en el que la voluntad todopoderosa de *monsieur le*

directeur desaparecía durante el duro proceso de redacción de 400 páginas en una lengua extranjera. *Monsieur le directeur* nunca respondía a los correos de preguntas sobre la tesis. Nunca pedía disculpas por los retrasos; sin embargo, aparecía de repente en algún momento, como emergiendo de un volcán en llamas, hablando con sus doctorantes de una cantidad de papeles, de facturas y registros para demostrarle a la administración de la universidad que él era el profesor con mayor actividad intelectual. Pobre de aquel o de aquella que le llevara la contraria. Nunca dejaba hablar. Por eso, si daba una pausa en esa larga verborrea sobre la administración, como esas piedras que aparecen cuando el nivel de un río tormentoso ha descendido, había que lanzar la pregunta sobre la tesis. Eran las únicas oportunidades para avanzar en la redacción.

—Un perfecto funcionario, pero un mediocre académico —le había dicho Nuria, resolviendo la situación. Le dijo, además, muerta de la risa, que más de una vez lo había visto en coloquios organizados por él mismo, después de la presentación protocolaria, sentarse en la última banca del anfiteatro para ponerse a jugar Tetris en su teléfono.

Isaac cerró los ojos con fuerza. Escuchó el barullo de la gente de la fiesta. Escuchó la risa de alguien, abriendo una botella de *champagne*. Fue como un disparo en el aire. Movié su pesada y elegante montura con la mano izquierda; al abrirlos, trató de encontrar los ojos de Virginia en medio de la gente de la fiesta. Pero ella no lo miraba. Se volvió a poner los lentes y quedó completamente ciego. Pero en su cabeza veía con claridad una de esas conversaciones en las que Virginia le había hecho comprender con preguntas, con verbos condicionales, con sugerencias en las sentencias, que él admiraba la crueldad de las personas que lo sometían intelectualmente. —¿Por qué si tu sabías la fama de ese hombre, lo elegiste a él? —, le dijo una vez, acariciándole la cabeza, después de que su director se echó a reír de él porque se había puesto a llorar por los nervios en medio de su presentación.

—Isaac, ¡no sea ridículo, si no es capaz de aguantar la presión, regrese a su país! — le dijo en frente de sus otros compañeros de doctorado.

Isaac se sentía comprometido consigo mismo a ganarse y deberle una especie de afecto a la gente que se veía segura de sí. La estructura de la víctima. Fue Virginia quien le hizo caer en la cuenta de que siempre se metía en embrollos con

los hombres mayores o las figuras de autoridad a su alrededor: jefes, profesores, padre, directores de tesis. Isaac irguió su postura y con la copa muy pegada al pecho, se quitó los lentes. Su mundo interior seguía difuso. Era imposible concentrarse.

—Dígame, ¿qué autores ha leído? —preguntó *monsieur le directeur*, poniendo sus dedos en forma de L sobre su rostro. Isaac mencionó a Barthes, a Derrida, a Foucault y un blablablá de otros autores. Cuando nombró a Bourdieu, de súbito, *monsieur le directeur* le cortó la palabra en seco y preguntó:

—¿Y Lacan?

Isaac sintió la saliva inundándole en la boca. Percibió la espumidad que se desbordaba de sus labios. Nunca se había interesado por Lacan, y las pocas veces que había intentado abordarlo, no entendía un rábano. Pero *monsieur le directeur* tal vez había notado que Isaac hacía parte de esas personas que son incapaces de decir *no sé*. Interiormente, se sentía desestabilizado cuando no sabía algo. Muchas veces mentía, pero nunca decía NO SÉ. Esa vez, sin embargo, le explicó que su trabajo de tesis nada tenía que ver con el psicoanalista francés.

—Pero ¿usted ha leído a Lacan? —insistió, mirándole la cara con los brazos cruzados. Isaac, con el dedo del corazón, lentamente, se subió los lentes que comenzaban a resbalar por su nariz. Estaba tenso. Transpiraba. Comenzó a gaguear.

—Lo, lo que, lo que quiero decirle es que, es que ... —dijo, queriendo cambiar de tema, pero su director volvió a atacar con una sonrisa sardónica y un ligero temblor en las manos que disimulaba buscando un lápiz en las gavetas de su escritorio.

En un inesperada subida de tono de su voz, le gritó:

—¡Aprenda a responder sí o no! ¡Ruego que me diga si ha leído a Lacan o no! —Isaac se irguió, cruzó sus brazos, subió una de sus cejas y, con una sonrisa fingida, buscó fuerza en lo profundo de su garganta. Sus gafas, se deslizaban. Estaban a punto de caerse de su nariz.

—Los científicos dicen que cuando algo se entiende bien, se explica bien. Estará usted de acuerdo conmigo en que Lacan es demasiado... ¿hermético? —fue la primera agresión. De ambas partes. Esa tesis en la Sorbona y el encuentro con tantas personas alrededor del mundo, haciendo

tesis sobre temas que ni Mandrake entendía, y además nadie en mil años leería, le habían dejado la impresión de que los temas intelectuales y culturales, en la mayoría de los casos, sirven entre cierto tipo de personas a crear una relación de fuerza para validar en público una vida interior convulsionada, de fuertes conflictos y falta de empatía con los demás. Ahí comenzaba a gestarse el odio con los colegas en las universidades.

—Sociópatas políglotas con varios doctorados que no resuelven en nada el traumatismo infantil generado en la fase anal —le explicaba Virginia muerta de la risa. Isaac quiso reírse solo, pero como un murciélago que se estrellaba contra su cara, otra vez recordó la voz de su director de tesis.

—Recuérdeme el título de su tesis, mi *estimado* Isaac —le dijo, esta vez recuperando su afabilidad y encendiendo el viejo computador.

En su mente, Isaac tuvo ganas de gritarle un título agresivo-fulminante para insultarlo: “¿De qué nos sirve a los profesores apropiarnos del conocimiento de la revolución tecnológica del siglo XXI si todavía seguimos siendo unos malparidos con nuestros estudiantes? Dos puntos: análisis del traumatismo de un académico fracasado y la forma inconsciente de vengarse de la vida con sus estudiantes. Punto aparte.”. De su boca, salió el verdadero nombre de la tesis.

—Yo trabajo el complejo de inferioridad de los profesores de la clase media en las cinco repúblicas bolivarianas: Colombia, Venezuela, Perú, Ecuador y Bolivia.

—¿Cuáles son los motivos que lo llevan a hacer esa tesis, mi estimado Isaac?

Isaac hablaba consigo mismo, tenía esa pregunta taladrándole la memoria. ¿Por qué esa tesis?: ser feminista, *queer* o poscolonialista le habían dado nuevas visiones a su mundo, pero en el fondo él sabía que abordar el mundo desde la radicalidad de una teoría era tan peligroso como cualquier fanatismo religioso. “Uno siempre cree que el idiota es el otro”. Podía concluirlo, pero era incapaz de alejarse del juego de acercarse a la realidad a través del aura que le imponía haber formado su personalidad con libros, con teorías, con Wikipedia. “Mi intelecto se ha convertido en una trampa”.

¿Una persona podía alcanzar el equilibrio y resolver el trauma de su infancia a través de las teorías universitarias? Isaac sintió esa frustración al recordar que en nada habían servido todos esos

libros que había leído en su vida. Había aprendido a protegerse de las agresiones intelectuales de su medio, pero había cosas en las que ni leyéndose todos los libros de Levis-Strauss o Freud se resolvían. Los golpes. La violencia. Su sentimiento de envidia por la gente brillante. La rabia por ser agredido desde niño. De haber vivido en un país en el que nunca había salido un solo personaje importante para el continente, un país en el que el Perú les había robado tierras, y en el que la selección de fútbol era el hazmerreír del continente. Pero, además, los agravios de su papá seguían en su cabeza. Cuántas veces había apaciguado su miseria mental, recordar y recordar su pasado, con gente igual de quebrada que él, con largas conversaciones sobre el arte, el cine, la historia y el caos cósmico que Latinoamérica había heredado desde la Colonia. Pero todo acababa, o mejor, todo volvía al mismo punto, cuando estando solo en su habitación, viéndoles el culo a sus 57 libros viejos, maniáticamente organizados, vacilaba otra vez en distraer su torturada mente con algún capítulo de un libro, o tal vez un *plan cul* de Grindr entre las tinieblas de su habitación o, finalmente, decidirse a tirársele al metro de París y quedar, por fin, descuartizado como una arepa de maíz prehispánica.

“El intelecto es una trampa”, se repitió en la mente convencido de ello. De golpe, saliendo de sus pensamientos, Isaac sintió que un teléfono sonaba aparatosamente en algún lado.

—Hay un teléfono que está sonando— se dijo, pero nadie le prestó atención.

Sacó su móvil y cayó en la cuenta, desconcertado, de que estaba recordando aquella llamada de diciembre, seis meses antes de la defensa de su tesis, cuando *monsieur le directeur*, llamó a las once de la noche —era su manía tóxica de llamar en cualquier momento a sus estudiantes después de las once de la noche — para reprocharle por teléfono, un vademécum de cosas acumuladas desde hace tres años atrás. Cuántos años de experiencia siendo profesor, y El Miserable no se había percatado de que no existía un ser humano más al borde de los nervios, más frágil, más inseguro de sí mismo, que alguien que se prepara para hacer defender un elefante de hojas en una lengua extranjera. Como si estuviera en una obra de teatro incoherente, *monsieur le directeur* le dijo por teléfono: “Usted no me saludó”. “Usted se presentó en un coloquio en Suiza y no me avisó”. “Usted nunca colaboró en nuestra revista Polimorfo XXI”.

Isaac no tenía dinero, acababa de conocer a un chico que lo dejó viendo pajaritos en el aire, y su papá se estaba muriendo de un cáncer en la piel en Quito. Desde el otro lado del teléfono, su director de tesis le gritaba una cantidad de reproches infantiles que lo devolvían a su niñez, a los gritos de su padre. Hasta que de repente Isaac le gritó

—Usted nunca me deja hablar. ¡Cállese, gran hijo de puta!

Le cortó el teléfono. Llamó a Virginia de inmediato envuelto en un estado de nervios.

—Has cometido el error más grande de tu vida. A un director de tesis nunca se le lleva la contraria. Se le hace creer que tiene la razón y se le deja navegar en su propio delirio de grandeza —le dijo Virginia con la tranquilidad de una gata en un jardín.

Como una sádica forma de torturarlo, su profesor, de ahí en adelante, nunca le dirigiría la palabra hasta el día de la defensa de la tesis. Hablaría mal de él a sus compañeros. Por un problema en las normas APA de la biobibliografía excluyó su artículo de la revista Polimorfo XXI: “Nuevas formas de terrorismo académico: creencias epistemológicas y contradictorias de creer que siempre se tiene la razón: bases filosófica-psicológicas sobre el nuevo intelectual acomplejado o el sujeto pensante de la Universidad precaria del siglo XXI”.

—Isaac, pero es que usted también lo provoca con esos títulos de los artículos y los capítulos de su tesis— le dijo una vez Virginia.

Y la jugada baza fue que se negó a tomarse una foto con Isaac el día de la defensa de la tesis. Isaac recordó, entristecido, cómo se arrepentía por haber pedido dignidad por teléfono. ¿Por qué sentirse culpable cuando se pide dignidad? “La estructura de la víctima”, recordó lo dicho por Virginia. Con una calificación *honoris causa*, una promesa de publicación de su tesis en la Universidad de Antioquía en Colombia y la propuesta de un posdoctorado en Suiza, Isaac seguía encerrado en las miserias de su triángulo de víctima. Se reprochaba a él mismo por nunca haberse comportado como los otros pollitos —así llamaba a sus compañeros de la escuela doctoral: los pollitos de la Sorboba—. Esos compañeros, despeinados, buena gente pero deprimidos, de dientes amarillos de tanto tomar café, esos que tenían un hígado desgastado, viviendo miserablemente con 700 euros, esos que no se atrevían a hablar entre ellos del carácter maniático

de aquel hombre. Como bien se lo hizo entender Nuria, que desde las épocas de Matusalén buscaba un puesto en la Sorbona, si se quería hacer carrera universitaria en París, uno de los requisitos fundamentales era integrar las mafias universitarias, donde un cacique-profesor sentado sobre su prestigio de dinosaurio, y un puesto universitario a perpetuidad, podían de un hachazo volver la vida de un doctorante pollito un verdadero infierno.

—Tal vez tus contradictorios sentimientos de amor y odio contra tu director de tesis sean porque él representaba el arquetipo de aquello en lo que algún día el sistema universitario nos va a convertir: en unos pobres funcionarios con doctorado. Eso que tanto detestas eres tú mismo —había sentenciado Nuria.

Alguien cambió la música y su mirada golpeó el espejo del salón. Virginia apareció con un vaso de agua. Se lo puso entre las manos.

—Mire para que se le pase la borrachera. Ya lo veo pensativo, venga a bailar mejor, Isaac—, le dijo Virginia con cariño.

“Virginia, siempre Virginia”. La única persona que realmente lo quería. Tomó agua, al subir la mirada, vio la cara de Anderson, Anderson encerrado en un espejo. ¿Por qué puedo recordar cosas tristes con tanta facilidad? — Se sirvió un gran trago de vino. Se lo tomó de un solo golpe. Apretó los ojos buscando hundirse hasta el mismísimo magma de la tierra, quería desaparecer, pero al percatarse de que la música había subido de volumen, abrió los ojos, y creyó ver en el espejo que el rostro de Anderson se le desprendía de la propia cara. La dermis de Anderson flotaba en el aire en cámara lenta dirigiéndose hacia él. Isaac cerró los ojos, se quitó los lentes. La música se apagó otra vez en su cabeza y sintió el dolor de una aguja atravesándole su propia dermis, a su propio rostro lleno de cicatrices y manchado de lágrimas. Respiró y aguantando las ganas de llorar, se preguntó en voz alta, en medio del estruendo de la música:

— ¿Por qué mi director de tesis nunca me quiso? ■

